

20 Geyre = 25

46

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

La Risa



30
céntes

—Don Nuño: pienso arrebatáros el triunfo a pesar de vuestra jugada...
—¿A mí?
—¡A vos!
—¿Con qué?
—¡Con la espada!...



M A T A T I E M P O S



Por cada trabajo original e ingenioso que publiquemos en esta sección abonaremos DOS PESETAS, y un premio de VEINTICINCO PESETAS por las soluciones exactas a los mismos.

(Véanse las condiciones en el núm. 32.)

Cada matatiempo deberá venir acompañado de un cupón. De no ser así se pierde el derecho a cobrarlo, aunque se publique.

No se sostiene correspondencia sobre estos trabajos ni se devuelven los originales.

Las soluciones sólo se admitirán hasta el último día del mes a que correspondan, a las doce de la mañana.

Cada solución tendrá también que venir acompañada de cupón.

80.—Droga gramatical.—Por BRU.

Letra, artículo, pronombre, artículo, negación

81.—Modismo popular.—Por ANTONIO NOGUERA.

LETRA, PRONOMBRE, PERSONAJE CÉLEBRE

82.—Comprimido.—Por JOSÉ RIVERO.

TO "LA RISA" DOS
SALE

83.—Jeroglífico.—Por VALDÉS Y ALONSO (S. EN C.)

CARRETERA

DICHO MADRID ZARAGOZA ALICANTE
Km. 16 Km. 40 Km. 48 Km. 100

Diríjase toda la correspondencia al Apartado 7.002.

Tip. Yagües.—Madrid.

84.—Logogrifo numérico.—Por P. P.

1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. Hortaliza.

4. 3. 1. 5. 6. 7. 8. Fruta.

1. 2. 3. 4. 7. 8. Ejercicio musical.

2. 6. 4. 1. 7. En el mar.

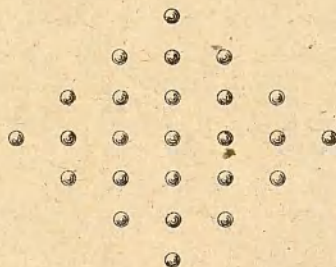
7. 6. 5. 6. Ave.

2. 1. 7. En cualquier buque

7. 8. Musical.

1. Vocal.

85.—Rombo.—Por P. P.



Substituir los puntos por letras y leer horizontal y verticalmente en las líneas: primera, consonante; segunda, río; tercera, propiedad; cuarta, objeto de escritorio; quinta, ópera; sexta, ejercicio ecuestre, y séptima, vocal.

REGALO A NUESTROS NUEVOS SUSCRIPTORES

LA RISA, respondiendo al favor constante del público, y para atender a las numerosas peticiones de números atrasados que se le hacen, ha puesto a disposición de sus regocijantes lectores

Varias colecciones de LA RISA

que regalará a los nuevos suscriptores que, a partir del presente mes, abonen la suscripción de un año, cuyo importe es de 15,60 pesetas para los de Madrid, provincias y América, y de 19,20 para los
:: :: :: del Extranjero. :: :: ::

¡QUEDAN MUY POCAS COLECCIONES!

**¡Hay que ver!... ¡Hay que ver!...,
lo que por ocho "riales" puede adquirir usted.**

SE HAN PUESTO A LA VENTA LAS MAGNÍFICAS TAPAS EN TELA, CON ESTAMPACIONES EN ORO, PARA ENCUADERNAR EL PRIMER SEMESTRE DE LA RISA
:: :: :: :: AL PRECIO DE :: :: :: ::

DOS PESETAS

Se envían a provincias remitiendo el importe anticipado en giro postal o sellos de correos; añadiendo 0,60 pesetas para gastos de envío certificado.

LA RISA

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. habitante en
..... provincia de calle de
..... núm. desea suscribirse por un año (1)

EL SUSCRIPTOR.

..... de de 1923.

(1) En este hueco se pondrá: «Remitiendo su importe de pesetas en giro postal» o «Abonando el importe al recibir el envío contra reembolso».

CONCURSOS DE "LA RISA"

Para dar variedad a esta sección, admitiremos anécdotas graciosas ocurridas a personas conocidas de la antigüedad o contemporáneas, para aliviar su publicación con los piropos, en las mismas condiciones que éstos.

Para tener opción al premio de DIEZ CINCUENTA PESETAS es condición indispensable que los piropos se ajusten a las «Bases del concurso para caballeros» publicadas en los números 14 y 16 de este semanario.

Los PIROPOS deben venir escritos en papel aparte; pero siempre acompañados del cupón.

Dos advertencias que no deben olvidar los que nos envían PIROPOS para publicar en esta sección:

Primera. Que el crecidísimo número que diariamente se reciben, obligan a guardar turno para su publicación. Segunda. Que la gran cantidad que hay que rechazar por inmorales, injuriosos o por carecer del correspondiente cupón, no puede merecer el honor de contestar a cada autor en la sección de «A vuelta de correo», porque ello agotaría por completo el espacio dedicado a esta correspondencia.

—Negra: ¡Vaya ojos! A esas dos pupilas sí que las tendría yo sin pagar hospedaje.

(Piropo premiado.)

UN FONDISTA.

PIROPOS RECIBIDOS

—Niña: ¿Por qué la dejan andar suelta sabiendo que sus ojos «asesinan»?—SOLITA EN MÁLAGA

—¡Mi arma! Uzté debé e llamarze cometa, porque hay que ver la cola que lleva detrás.—EL DUQUE DE LA GU-HASA.

—Morena: ¿Tanto delito he «cometido» al mirarla que me va usted a matar con sus ojos?—SOLITA EN MÁLAGA.

Tiene usted muy buena cara y muy malas intenciones, goza usted haciendo daño, destrozando corazones.

FELICÍSIMO AMAR.

—Adiós, sultana, que tiene usted dos ojos que son dos guillotinas.—MANUEL ROALES.

—Félsima! ¿Quién le ha dicho a usted que es de Lugo? Usted es... pa luego.—EL DUQUE DE LA GU-HASA.

¡«Entrañita» de mi alma!
Si yo fuera Romanones,
¡vamos!, que iba usted a tener
las alhajas a montones.

FELICÍSIMO AMAR.

—Adiós, reina de la música, que cada paso de usted es una nota de la Banda Municipal.—MANUEL ROBLES.

—¡Júy, qué mujer! Ojalá fuese usted coche de arquile pa poderla cogé en «su punto».—EL DUQUE DE LA GU-HASA.

—¡Ay, niña!... Cuánto daría yo por penetrar en el cielo... de tu boca.—CÉSAR BARBA.

—¡Mi madre, qué mujer! Es usted tan requetebonita y tan buena moza, que dígame a qué hora va a pasar mañana para terminarla de v. r.—MANUEL ROBLES.

—Oiga, joven: Suspenda el movimiento del «caderámen», porque me mareo.—EL DUQUE DE LA GU-HASA.

C U P Ó N

NÚMERO

32

Para acompañar a todo piropo, trabajo literario o dibujo, sin cuyo requisito no será admitido.

(Este cupón sirve para un solo trabajo.)

—Preciosa: ¡Por ti soy yo capaz de segar toda la hierba de la Moncloa con una maquinilla de afeitar!... CÉSAR BARBA.

—Prenda: Si me tocase «el gordo», la daba a usted un abrazo que no nos iban a poder separar ni con agua caliente.—F. FUENTES.

—¡Ay, gitana! Como no me quiera usted, me ajorco con las mangas de un chaleco.—EL DUQUE DE LA GU-HASA.

—Morucha: Por ti doy la vuelta al mundo... hasta la estación de Atocha.—CÉSAR BARBA.

—Reina: Me gusta usted más que un mantecado en agosto.—F. FUENTES.

A una niña:

—Oiga, quisiera ser su niño, para que me llevara en brazos y de vez en cuando me diera un beso.—UN A. B.

—¡Qué buena eres, chiquilla! Sabes que mirándome puedo morir de insolación y cuando me ves apartas la mirada.—CÉSAR BARBA.

A una cocinera:

—Quisiera ser un pollo, para que al irme a guisar me probara.—UN A. B.

—Gitana: ¡Me tienen sus ojos más que mao que la presencia del casero!—CAMELADOR II y PELLEJITO.

La Risa

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

: DOCTOR FOURQUET, 4.—MADRID :

APARTADO 7.002. — TELÉF. 30-76 M.

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS



—¿Y por qué no te metes a policía?

—Porque como andan los asuntos sociales, temo hacerme del cuerpo.

Dibujo de HERMÚA.



Delante de la máquina fotográfica.

El hombre, rey de la creación, que muchas veces no pestaña ante el peligro; que a menudo no tiembla frente a esa cosa terrible llamada la mujer; que en ocasiones no corre, aunque cargue la Guardia civil; que suele leerse sin vacilar los artículos de fondo y traga heroicamente la purga; el hombre, rey de todo lo existente, se azora, se turba, trema y modifica su textura moral en cuanto se sitúa delante de una maquinita fotográfica.

Muy fotógrafo debió ser aquel que dijo que el hombre es débil. La fotografía, como la guadaña, desconcierta. El pechero y el noble, el rústico y el supercivilizado, dueños de sí en la calle, en la tertulia, en la reunión, en la ceremonia, pierden la serenidad y transforman el gesto y dejan de ser momentáneamente lo que han sido y seguirán siendo, en cuanto cualquier individuo afectuoso, encargado de hacernos media docena de «trece por diez y ocho», nos suplica con meliflua voz: «Humedézcase los labios y sonría; así...»

El buen hombre, que está sirviendo al rey o al marqués, tiene a su disposición en el estudio fotográfico una salvadora columna de escayola o cartón piedra, sobre la cual se apoyará para corregir elegantemente su escasa gallardía o la insultante anchura del uniforme. Todo racional apoyado en una silla, una columna o una consola adquiere una repentina distinción y dismu-

la, con mayor fortuna, la nerviosidad que le acomete al verse apuntado por el tubo de la máquina. Si el que va a retratarse es un caballero de alguna solvencia mental y prescinde de la vitanda columna, su vanidad, agudizada y en tensión, habrá de sumirle en tal desconcierto, que nuestro hombre no sabrá qué hacer, por ejemplo, de las manos.

¡Las manos! He aquí las enemigas sutiles, aviesas y redomadas del rey de la Creación. En el Congreso, las manos sirven

para conquistar la poltrona ministerial, ganándose fama de orador eminente. Cuanto mejor mueve las manos un político español, más fascinación ejerce. Abrirlas, bajarlas, apuntar con una de ellas a lo alto, crisarlas en un apóstrofe, son manifestaciones elocuentísimas



—¿Pero cómo llevas esa pipa tan larga?
—Porque el médico me dice que aparte el cigarro de la boca, y yo le obedezco.

Dibujo de ALFARAZ.

a las que nadie sabe resistirse. Pues bien; ese charlatán insigne, esa cotorra cautivante, tan pronto como pisa el octavo piso de un taller fotográfico deja de saber para qué le sirven las manos. Ya con ellas no se roba, ni se maneja el consabido timón de la nave del Estado.

La perplejidad, delante de la sonrisa del artista fotógrafo, le empapa en sudor la frente. ¿Dónde colocar aquel par de bultos? Y entonces vienen las combinaciones increíbles, las resoluciones inesperadas las posturas magníficamente arrobadoras. Una mano se hunde en un bolsillo; la otra va a sostener la barbilla; una cuelga de la sisa del chaleco; otra roza con imperceptible desdén el pico de una rinconera... El caballero se sienta, se pone en pie, ofrece «tres cuartos de perfil», sonríe, no sonríe... El conflicto sigue apremiándole. ¿Qué hace con aquellas manos, con aquella pareja de estorbos? Por su parte, el señor fotógrafo, afligido, tampoco atina a solventar el conflicto. Realmente, el dueño de las manos no ha contado con aquel inconveniente a la hora de prepararse la inmortalidad en un retrato que tal vez reproduzcan alguna vez las revistas ilustradas. ¿Qué hace con esos dos pedazos de carne, torpes, entrometidos, intrusos? ¿Los esconde? ¿Los tira?

Y entonces es cuando su dueño decide retratarse de medio cuerpo, renunciando terminantemente a que con él figuren las abominables manos, tan útiles, ¡ay!, tan abnegadas y dulces compañeras en nuestras cóleras como en nuestras alegrías. Todo lo más permite que una de ellas aparezca, tímida, aplicada sobre una oreja o soportando el peso de la sién, con lo cual logra cierto empaque de persona devorada por los pensamientos.

Pero el conflicto nuestro, de pobres hombres irremediables, estriba en las manos y en los pies. Ved los grupos fotográficos de casi todos los deportistas, de casi todos los asistentes a una comida o una velada. Si los retratados aparecen en pie, la anarquía, desbarajuste y poca maña de las manos resalta espantosamente. To-

das son gordas, tumefacias, feas, de gorila: Si el grupo es de felices ciudadanos que acaban de engullir la lubina y de destrozar el pollo y aparecen sentados, comprobaremos en las piernas le misma tremenda desorganización que en las manos de los otros. Nadie del grupo supo qué hacer con sus piernas. Uno las cruzó, el otro las abrió... Todos, cohibidos, vacilaron, y en su actitud nos gritan que, por su gusto, también habrían enviado al traste aquel par de obstáculos, que sólo en ocasiones memorables sirven para huir.

E. RAMÍREZ ANGEL



ELLA.—¿Me juras, vida, que no te ha besado nunca una mujer?

EL.—¿Y lo dudas? ¡Con la cara que tengo!

Dibujo de LIMENDOUX.

RECUERDOS DE UN NIÑO DE TRES MESES

MANDAN EN MI CORAZÓN

POCAS pueden ser las cosas extraordinarias que a la edad de tres meses y tres días le sucedan a un niño, pero yo fui una excepción.

Recuerdo claramente que a los tres meses dudaba de la originalidad de nuestros autores de obras policíacas; sabía que los toreros tienen un miedo espantoso antes y después de la muerte del astado, y tenía un concepto muy elevado del talento de nuestros autores de *cuplés*...

Seguramente me hallaba equivocado en esto último... Pero hay que tener en cuenta mis pocos meses.

Las cosas que otros niños de mi edad querían coger alargando sus manecitas inútilmente, recuerdo que yo jamás traté de alcanzarlas; pues la luna, el sol y las es-

trellas me parecían cosas tan lejanas como el dinero y las buenas intenciones.

Decidí olvidar el amor de mi prima Rosa la tarde que conocí a Lolita Ahumada.

Tendría esta joven cinco meses y algunos días. Era un rosado rollo de manteca, con una melancolía en sus ojos negros y una estupidez tan definitiva, que me dieron ganas de insultarla. No creo que el tener pocos meses dé derecho a una incultura como la que aquella niña demostraba, pues se mamaba el dedo como si fuese un confite.

Nuestras madres, encantadas de nosotros, no hacían mas que elogiarnos como si fueran madres de bailarinas de fandanguillos de Huelva. Eran intolerables.

Y lo más absurdo es que la madre de Lolita, como si yo no fuese nadie, le levantó a la niña las falditas y nos enseñó unos carrillos duros y redondos, dándole unos azotes cariñosos y diciéndonos que aquello era cosa exquisita.

A pesar de las durezas de Lolita, no cambié de opinión... Me siguió pareciendo completamente idiota, y lo que me sentó como un tiro de sal fué la proposición que le hizo a mi madre la suya.

—¿Tú quieres que te guarde a mi Lolita para tu hijo?

Mi madre se aventuró a sonreír; pero luego se atrevió a disponer de mi corazón y aceptó la boda en mis narices, sin consultarme el caso.

Debí ponerme amarillo, porque mi madre me comenzó a preguntar. «¿Qué es eso, granuja? ¿Te gusta Lolita?

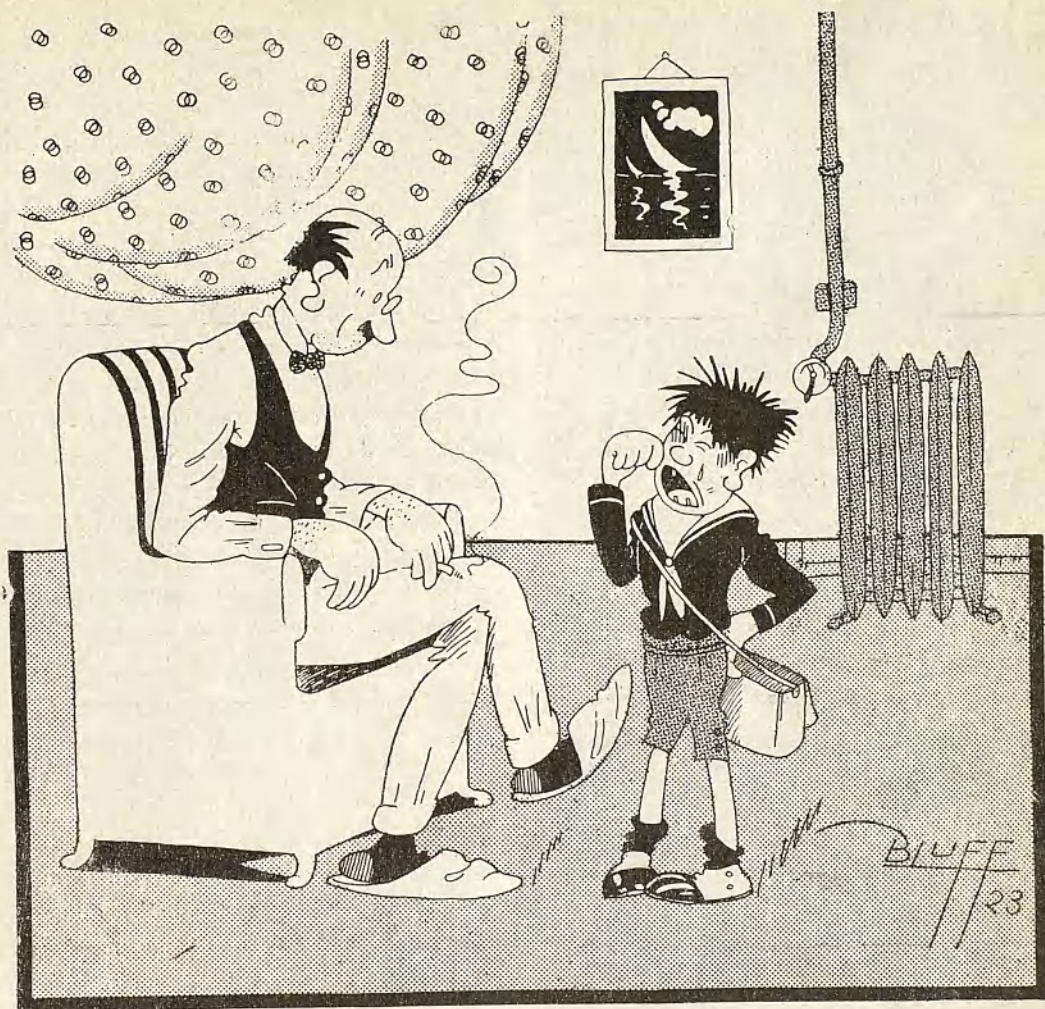
Yo pateaba, y ella creía que me deshacía de placer.

Entonces me acercaron a Lolita para que



—Este es muy bruto; pero ya verás como mete la pata.

Dibujo de LÓPEZ REY.



- ¿Pero qué te ha pasado?
- Que el maestro me dijo que escribiera tres caras de papel y no hice mas que una...
- ¿Y por eso lloras?
- Es que cuando se enteró, me dió un pescozón, y me rompió la cara.

Dibujo de BLUFF.

me besara, y sólo consiguieron que me pusiera perdido de saliva y que yo la tirase dos tarascadas a los ojos.

La madre de Lolita estaba loca porque su hija se iba a casar con un Chinenea, y como Lolita se llamaba de apellido Ahumada, las risas fueron mayores.

A mí me parecía demasiado que mis hijos se llamasen Chinenea Ahumada: se me ponía delante de los ojos algo negro; pero no quise llorar delante de mi prometida y callé, pensando en los miles de matrimonios que

se habrán hecho en este mundo sin consultárselo a ninguno de los interesados.

Y desde aquel día, como mi madre había comprometido su palabra, comencé a pensar en Lolita, recordando aquello de mi tío Miguel de Cervantes, que dice: «Piensa que en este mundo no hay más que una sola mujer buena, y que esta mujer es la tuya.» Pero es que a mí ya me comenzaba a gustar más una buena mujer que una mujer buena.

Luis ESTESO

EL CORAZON DE RAQUEL MELLER

DON Policarpo Gómez, que desea verle, señorito...

—¿Don Policarpo Gómez?... ¿Gómez?... Qué pase; porque Gómez no puede ser un «inglés»...

—¿Está usted bien, señor?

—Muy bien, caballero. Hace unos días tuve un disgusto; pero ya se me pasó. Cobré unas pesetas y, teniendo dinero no es posible estar disgustado.

—Muy bien, señor. Pues yo venía...

—Siéntese usted.

—Muchas gracias.

—Pues usted dirá, caballero, en qué puedo servirle.

—Pues yo, señor, como leo todo lo que usted



—Todos los días, mientras se baña don Luis, yo le doy coba a su hija.

—¿Y él qué hace?

—¡Nada! ¡Nada!

Dibujo de GODÍNEZ.

produce soy uno de sus más grandes admiradores.

—Un camión y medio más de gracias.

—De nada, hombre, de nada... Y como mi admiración es tan bárbara, no he podido contenerme, y aquí me tiene usted para que tenga la bondad de dedicarme esta novela suya que acabo de leer y para contarle a usted mi «caso», por si puede serle útil para alguna de sus obras o artículos. No crea usted que vengo a contarle un caso vulgar; no. Lo que le voy a decir a usted creo, de veras, es algo que se sale da lo corriente. ¡No es una historia de amor!

—Pues hable usted, que le escucho con toda atención.

—Bien. Aquí, donde usted me ve, llevo en mi pecho un corazón que no es mío.

—¿...?

—¡Se lo juro a usted! No soy un loco: soy un desgraciado. El corazón que encierra mi pecho es nada menos que de la Raquel Meller.

—¡...!

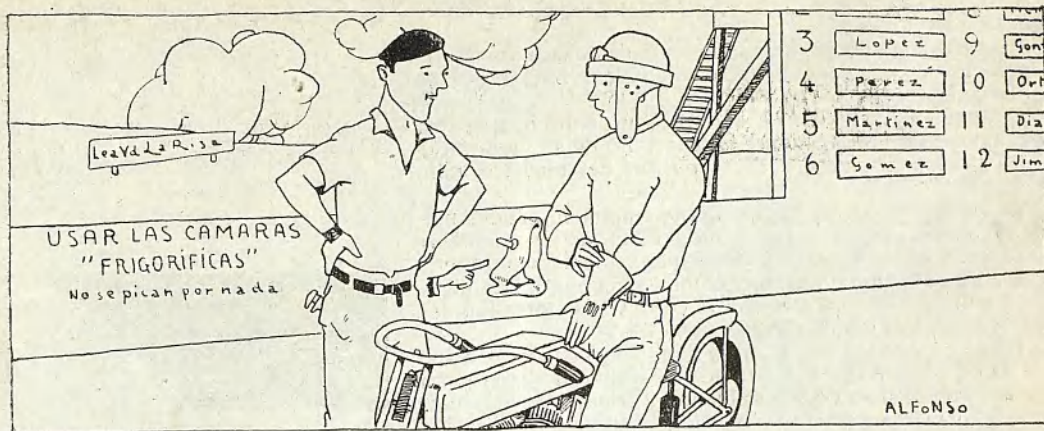
—Sí...; de la Raquel Meller... Verá usted. En a misma clínica, el mismo día y a la misma hora, la citada artista de variedades y un servidor de usted sufrieron una importante operación. A la señora Meller le iban a reconocer el corazón para ver en qué consistía lo que la hace poner en todas las canciones que interpreta tanta ridícula tristeza, y de paso ver si allí, en el corazón, estaba lo que hace que la cancionista tenga tan insoportable mal genio. A mí me lo iban a limpiar, pues lo tenía bastante empañado desde una indigestión que tuve...

—¿...?

—Indigestión de amar, señor. Nos abrieron los pechos y sacaron nuestros corazones... Trabajaron en ellos... Y luego, cuando los doctores ibanlos a colocar en sus lugares..., ¡zás!, la clínica que se queda a oscuras y nuestros corazones que son cambiados en la precipitación...

—¿...? ¡...!

—Lo comprendo. A las dos únicas personas



—Pero, hombre, ¿cómo te has despistado?
 —No conocía bien el camino...
 —¿Pues de qué te sirve llevar delante el guía?

Dibujo de ALFONSO.

que les he contado mi «caso» les produjo el mismo efecto que a usted.

—¿...?

—No lo sé. Sólo sé que yo, antes alegre, más alegre que un tomo de chistes, soy ahora el hombre más triste que pasea por Madrid. Muchas veces, sin yo desearlo, me pongo a cantar el repertorio fúnebre de la Raquel Meller. Y muchas veces, yendo por la calle, comienzo a gesticular trágicamente y veo, con dolor, cómo los transeúntes salen corriendo creyéndome un loco o un poeta. Y de mi mal genio no hablemos. Soy inaguantable. Pero lo que verdaderamente me duele es que, por lo menos tres veces al día, y ocho por la noche, me acuerdo de Gómez Carrillo, el ex esposo de Raquel Meller... ¡Ya ve usted! Yo antes me acordaba de la Cachavera y de la *Chelito*... Y cuando me acordaba de Gómez Carrillo era como escritor, pues me agrada todo lo que escribe.

—¿...?

—Sí; de la señora Meller me acuerdo mucho. Ahora, seguramente, tendrá buen genio y será simpática. Por este lado sale ganando, pero por otro... Porque la Raquel, en lo sucesivo, cuando cante, por ejemplo, *El relicario*, lo hará llena de alegría, taconeando y haciéndose palmitas

regocijantes... ¡Y habrá que verla! Va a perder dinero. ¿Pero qué importa? La alegría vale más que un millón de duros...

—¿...?

—¡Bah! Casi no me preocupo. Quizá esta despreocupación me la produzca el deseo que tengo de ver a la Raquel Meller cantar con chistes... Claro que pienso pedirle mi corazón y devolverle el suyo, pues, francamente, hay cosas, como el acordarme de Gómez Carrillo, que no las puedo soportar...

—Amigo mío: con lo que me acaba de contar usted haré un artículo, y luego una novela. Su caso es extraordinario, y para mí valiosísimo.

—¿Sí? Pues por diez duros le cuento a usted otra cosa mucho más extraordinaria...

—Pero...

—Señor: cada uno vive como puede. Yo me gano la vida dando asuntos a los escritores españoles, para que no digan lo de siempre y para que no «se inspiren» en obras extranjeras...

—Amigo: usted es «un hacha».

NICOLÁS DE SALAS

Biarritz, septiembre, 1923.

“ L A M U E R T E E S V I D A ”

SENÉN Villapadierna, antes de salir de casa, realizó dos operaciones verdaderamente elementales. Limpiarse las botas y lavarse la cara.

Después metióse debajo del brazo un rollo de papeles, abultado como un senador, y descendió de su bohordilla a los compases de *La suite en la*, del maestro Julio Gómez.

El rostro de Senén Villapadierna estaba en aquella mañana sereno y limpio (ya hemos dicho que se lo había lavado), y en la brillantez de las pupilas echábase de ver que algún asunto importante, como usar hongo, le obligaba a salir tan de mañana con la cara y las botas limpias a la rúa repleta de abigarrada gente.

En efecto, se trataba de algo tan transcendental como la faz de García Prieto. Senén Villapadierna era el autor de un drama, de un drama patético y conmovedor, con el que, al declamar lo en altas voces allá en su mechinal, había encogido el corazón de los vecinos, y, sobre todo, el de un profesor de esperanto que vivía en la bohordilla de al lado.

Senén Villapadierna, repetimos de nuevo, era el autor de *La muerte es vida*. Aquella mañana, un tanto fría y otro tanto húmeda (no se crea que tomamos el asunto a juego aunque hemos hecho dos tantos), Senén Villapadierna se dirigía a visitar al empresario del teatro del Espanto.

Pletórico de ilusiones, ahito de esperanzas, el rostro del joven autor era más jovial que Romanones en una juerga.

El empresario del teatro del Espanto, después de «aguantar» la lectura del drama, con un aspecto de mártir, hizo un gesto vago, como un guarda de cualquier parque madrileño, y dijo después, limpiándose los lentes con el pañuelo:

—¡No está mal! ¡No está mal! Pero me parece poco fuerte para drama.

—¿Poco fuerte? —se atrevió a preguntar Senén—. ¡Si la acción se desarrolla entre luchadores de grecorromana.

—No le hace. Tal vez aligerándolo, se pudiera representar como comedia; pero ya comprenderá usted que en este teatro...

—¿De modo que...? —dijo Senén con voz de barítono sin contrata.

—Haga usted caso de mis consejos, simpático joven —le interrumpió el empresario, haciéndose crujir los dedos de las manos (podría alguno creer que fueran los de los pies)—. Aligere usted la obra y llévela al teatro de la Ironía. Allí tal vez tenga aceptación. Resultaría una comedia admirable. ¡No hay que desmayar!

Y al mismo tiempo que con una sonrisa benaventiana le decía tales palabras, le iba empujando hacia la puerta del despacho con gran sutileza, es decir, le iba echando con una finura exquisita.

Senén Villapadierna salió del teatro del Espanto con la obra debajo del brazo y con un dolor de cabeza tan terrible, que no parecía sino que había estado escuchando un discurso de don Juan de la Cierva.

Una vez en la calle, tomó tres cosas: una resolución, un tranvía y una tableta de aspirina.

Senén Villapadierna arregló —¿cómo no?— *La muerte es vida*. Lo que antes era un drama más espantoso que tener dolor de estómago, habíase convertido ahora en una comedia original, como el pecado tan censurado de nuestros primeros padres, y exótica como si vendieran callos en el «Palace».

En el teatro de la Ironía, en lugar del empresario, le recibió, con una cara de poquitos amigos, un hombre-



—Bueno; yo te presto los diez duros, a condición de que me pague religiosamente.

—Está bien; dámelos... y que Dios te lo pague.

Dibujo de TONO.

cijlo vestido de negro, de charolados zapatos, que debía de ser la ruina de los peluqueros con respecto al cosmético, porque tenía su pelo tan impregnado de tal materia que, pegado que lo llevaba, parecía que usaba boina.

A pie firme y con gesto indolente escuchó la lectura de *Loco de atar*, título del drama convertido en comedia de Senén.

Cuando este terminó, murmuró el mismo estribillo que el empresario del teatro del Espanto.

—¡No está mal! ¡No está mal! Pero me parece un poco ligera para comedia. Tan ligera como una liebre o como una ensalada de pepinos; y luego, con un gesto igual al que pone el duque de Almodóvar cuando se le ocurre una idea alumbrada, o sea, luminosa, añadió: —¿Por qué no hace usted caso de un consejo de amigo?

—Usted dirá—dijo Senén mudando de color y de postura.

—Corte usted algo, algunos trozos demasiado pesados de su comedia, añada algunos chistes y le resultará un juguete cómico admirable. En el teatro de la Carcajada tendrá un éxito envidiable.

Después, el hombre del cosmético en el pelo le dio a Senén en la espalda unos golpecitos y en el estómago, cien patadas, y le dijo varias veces:

—¡No hay que desmayar! ¡No hay que desmayar!

—¡La obra de usted me parece digna de todo encomio! Es mejor que muchas de la Gran Vía; pero, amigo mío, tiene un defecto, es demasiado poca cosa para un juguete cómico. Aligérela usted un poquito, recargue usted la mano en la cuestión de los chistes, y tendrá una de esas obras que han dado en llamar astraknadas de lo más exquisito y sublime dentro de su género.

Al oír Senén tales palabras se sujetó la cabeza, porque quería tomar las de Villadiego, y preguntó colérico como un expendedor de leche:

—¿Entonces, qué...?

El empresario del teatro de la Carcajada, le dijo amablemente:

—No se acalore usted, amigo. Lleve usted *El coche de punto*, convenientemente reformado, al teatro del Descuynten, donde le auguro un gran éxito.

Hasta entonces Senén no se acordó de que en el diccionario de la lengua castellana existen ciertas palabras a las que la gente distinguida denominan malsonantes.

Hace noches me dió la idea de entrar en el teatro Pérez, por dos causas: porque tenía ganas de entretenerme y porque tenía dinero, pues, dicho se está que sin él no hubiera podido entrar por muy simpático que le hubiera parecido al acomodador que había en la puerta.

Se estrenaba la revista titulada *Las piernas de Penagos*. En el vestíbulo me encontré con Senén Villapadierna.

Al verme dió un suspiro y un paso.

—¿Qué? ¿Viene usted a ver mi obra?—me dijo.

—Pero, ¿cómo?—exclamé todo asombrado—. ¿No se iba usted a dedicar a autor dramático?

—Sí, señor. Pero el destino, que tiene peores intenciones que Pepito Sánchez-Guerra, el ilustre político y el excelso poeta, por lo visto no quiere. La revista que va usted a ver esta noche, *Las piernas de Penagos*, no es nada mas que un arreglo de aquel conmovedor drama que tantas veces le hizo a usted llorar, titulado *La muerte es vida*.

Y al decirme estas palabras Senén se le saltaron las lágrimas y dos botones del pantalón.

NARCISO DEL JARDÍN

SÓLO PARA SEÑORAS

EL SERVICIO DOMÉSTICO

INDUDABLEMENTE, el servicio doméstico ofrece cada día mayores deficiencias. El encontrar una buena doncella es más difícil que entender los planos de la guerra que publicaba *ABC*, y antes pasará un camello por el ojo de una aguja que una excelente cocinera por la puerta de nuestra casa.

Las doncellas, por regla general, usan los polvos de la señorita, registran los cajones de los muebles so pretexto de limpiarlos, y se entretienen en los recados platicando con un forrado militar.

Las cocineras, en cambio, se dedican a sisar con loco frenesí; reservan para ellas las croquetas más doradas, y le dan a su novio los pañuelos del señor. Unas y otras suelen ser respondonas, y se declaran en abierta rebeldía contra lo que ellas llaman la tiranía de los amos; y no envenenan a sus señores por ignorar el secreto de los Borgias. Hay algunas que echarían agua tofana en el café del desayuno con siniestros propósitos.

¿Y las niñeras? Pegan a los niños pequeños, les comen la merienda y les quitan el dinero que

su mamá les da para barquillos. En cuanto a las nodrizas, hablar de ellas es evocar a las Arpias, a las Furias o a las hijas de Helena. Ellas se creen autorizadas a proceder sin reflexión, y en los meses que dura la lactancia del nene son una espada de Damocles suspendida sobre las inocentes cabezas de los padres de la criatura.

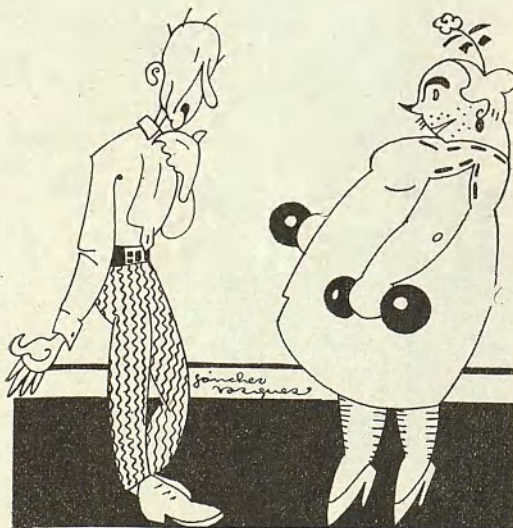
«Es cien veces preferible vivir con un dragón a vivir con una mujer»—decía Sócrates—. Podéis estar seguros de que se refería a las amas de cría. Egoístas, hambronas, marrulleras, no es posible elegir entre ellas, porque cualquiera es la peor. La mayoría se beben la leche del biberón, y luego le meten al bebé el dedo en la boca, lo cual no es muy correcto ni muy alimenticio, que digamos. Y continuamente están ojo avizor para ver la manera de sacar algún nuevo regalo.

No obstante, a mí me consta que en épocas pasadas había sirvientes leales, mujeres admirables y admiradas que velaban por sus señores con el mismo entusiasmo que David por el Arca de la Alianza. Pero, ¡ay!, que aquellas famosas rodrigonas de antaño, que tan fielmente



—Mañana iremos a la Vega. Allí hay mucha caza. Pero avisaremos a Rodríguez, para ir por lo menos tres morrales...

Dibujo de PEPE CARIÑO



—Pero, ¿por qué te molesta que haga gimnasia, marido?

—Porque desde que la haces te sale el bigote con más fuerza, y eso no te conviene, Ramoncita.

Dibujo de SÁNCHEZ VÁZQUEZ.

servían a sus amas, aquellas legendarias dueñas cómplices de sus señoras en cualquier instante, se fueron para no volver, y hoy nos vemos precisados a soportar unas «menegildas» abominables, mezcla absurda de criada y damita, que lo mismo empuña la escoba para barrer el pasillo que se coloca en una gallarda actitud para bailar el tango argentino.

Según mis noticias, la última sirvienta encomiable sucumbió en el sitio de París de 1871, víctima de su heroico comportamiento.

Por aquella fecha todos los animales domésticos habían sido elevados por decreto a la categoría de comestibles, y la perrera se había convertido en el restaurante más elegante de la Ville Lumière. Los parisinos ponían al mal tiempo buena barriga, y hallaban exquisito el galo con patatas y las hojas de hiedra preparadas con salsa mayonesa.

Pero mientras *tout Paris* enflaquecía, pagando a precio de oro legumbres fósiles, los esposos Caquexia, un matrimonio anciano, algo debilitado, y al cual la carne era absolutamente necesaria, hacían trabajar las mandíbulas en obsequio a unas chuletas sobrosísimas. Y la verdad es que los Caquexia no eran ricos. Sus recursos eran deliciosamente modestos y no les permitían adquirir la carne a los precios fabulosos que se vendía.

Pero, en cambio, tenían una criada vieja, capaz de los mayores sacrificios por servir a sus queridos señores, que diariamente se las ingeniaba para ofrecerles tan preciosa vianda.

¿De dónde sacaba aquella mujer sublime el dinero necesario para costear tan importante gasto? ¡Misterio! ¿Robaba acaso? ¡*Chi lo sa!* ¿Recurría, acaso, a prácticas diabólicas? ¡Tal vez!

Para los Caquexia lo interesante era comer, y lo demás les preocupaba poco. Así pasaba que cuanto más grande era la miseria de París, más engordaban ellos. Pero, por el contrario, la criada adelgazaba de una manera alarmante. Lo cual no extrañará a nadie, cuando yo diga que la dignísima doméstica, con el heroísmo de los espartanos que se hacían devorar el vientre, y los romanos, que se hacían asar las manos, todos los días se cortaba un *bistek*, una chuleta, un riñoncito y ¡hasta un pedazo de jamón!

Un día, la criada sirvió a la mesa andando a la pata coja, y esa noche los Caquexia comieron pierna con habichuelas. Al día siguiente saborearon un pie de cerdo asado a la parrilla, digno de los festines de Heliozábilo.



CALLES DE MADRID

Plaza del Callao.

Dibujo de BEBERIDE

Al cabo de una semana, la estatura de la sirvienta se redujo considerablemente; pero el matrimonio pensó que con la edad perdía la vista. Era que otra pierna había pasado a ser pasto de la voracidad de los esposos, obteniendo su aprobación.

Luego le tocó el turno a una espalda de carnero, después a un jamón, y la criada empezó a utilizar sólo una mano. Cinco días después, sólo Dios sabe cómo podía servir a la mesa.

Y a todo esto madame Caquexia encontraba a su criada menos atractiva que de costumbre, y hablaba con su marido de despedir a la infeliz «porque descuidaba la limpieza de la casa y disminuía lamentablemente». Pero abreviemos estos horrores. Al fin, un día, a la hora de la cena, la criada no parecía por el comedor, y el matrimonio, inquieto, se presentó en la cocina.

¡En medio de la mesa, en una fuente tapizada de verdura, la cabeza de la criada se erguía humeante y con ramas de perejil en la nariz y en las orejas, y en un papelito, puesto al lado, la infeliz se excusaba por no poder servirse a sí misma!

¡Estupenda mujer! ¡Último vestigio de una raza de sirvientes que parecía por servir a sus señores!

Hoy, como decía al principio de esta crónica, el servicio doméstico es una abrumadora calamidad.

¡Claro! ¡Las pocas chicas presentables que existían se están metiendo a cupletistas!...

ALVARO RETANA

EL GOLPE DE ESTADO

A mí el golpe de Estado español me sorprendió entre Angulema y Poitiers, camino de este París admirable, que no tiene más defecto que el de ser uno de los lugares comunes de la Humanidad.

Confieso que todos los golpes, sean de Estado sean de palasán, me han producido siempre cierta emoción; creo que de un golpe siempre queda algo, aunque sea sólo la señal. Pero éste de ahora me ha dejado indiferente, acaso porque le he visto de lejos, que es como se ven las cosas en su verdadero valor, tal vez porque más que golpe me ha parecido una caricia.

Desde luego, el rasgo del amigo Miguel—*née* Primo de Rivera—no me ha producido emoción alguna, y, sin disputa, me ha emocionado mucho más ver su retrato en algunos periódicos franceses, entre ellos *Le*

Matin: calvo, con el bigote blanco, el rostro lleno de arrugas y una tristeza apagada en los ojos, como si acabase de ver una comedia de un intelectual.

—¡Pobre Miguel!— me digo, mientras contemplo su efígie—. ¡Qué cambiado está! Es natural. ¡Debe haber sufrido tanto en estos últimos días!

Luego me fijo mejor y veo que lo que está cambiado es el retrato: en las redacciones de los periódicos tenían una fotografía del difunto capitán general Primo de Rivera, y la han largado ahora, sin duda pensando que la cosa no salía de la familia. El episodio demuestra que en todas las redacciones cuecen habas.—Léase planchas.

Pero, en cambio, me han hecho pasar un mal rato.

Y también me ha emocionado mucho más que el famoso golpe de Estado lo que, no más lejos que anoche, he tenido el honor de presenciar en el Gran Guñol.

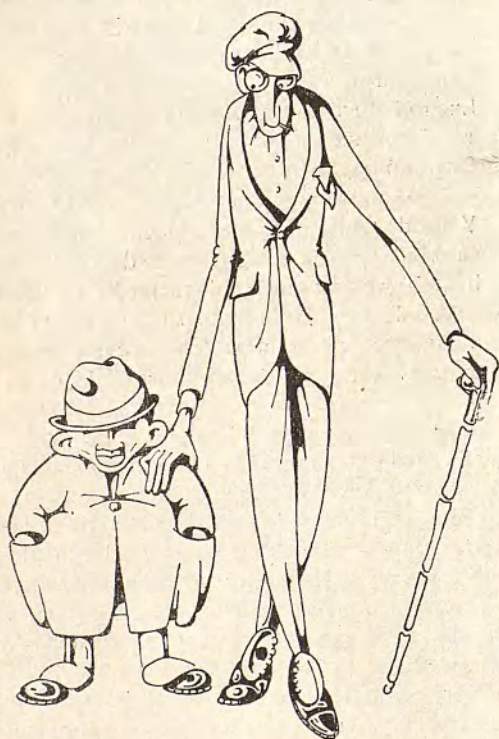
Se trata de una obra titulada *El hombre que ha visto al diablo*; el protagonista, que no es don Francisco Cambó como pudiera creerse, con el relato de su visión, consigue poner los pelos de punta a todo espectador que no sea calvo de nacimiento.

En el segundo acto el diablo se presenta en escena, vestido de americana, como cualquier viajante de comercio, y entonces es cuando Lucifer impresiona más. Es decir, que a partir de la mitad de la obra *los hombres que han visto al diablo* somos todos los espectadores. Y la cosa no nos ha costado más que diez y ocho francos, precio de la butaca de patio en el teatro de la calle de Chaptal.

A mí, con permiso de los varios herederos de Shakespeare que tenemos en España, éste de los miedos y los sustos me parece el teatro ideal. En él todo me parece mentira, primera condición que yo exijo a las obras teatrales.

Y en esa noche demoníaca, gracias a él, he conseguido olvidarme del golpe de Estado español.

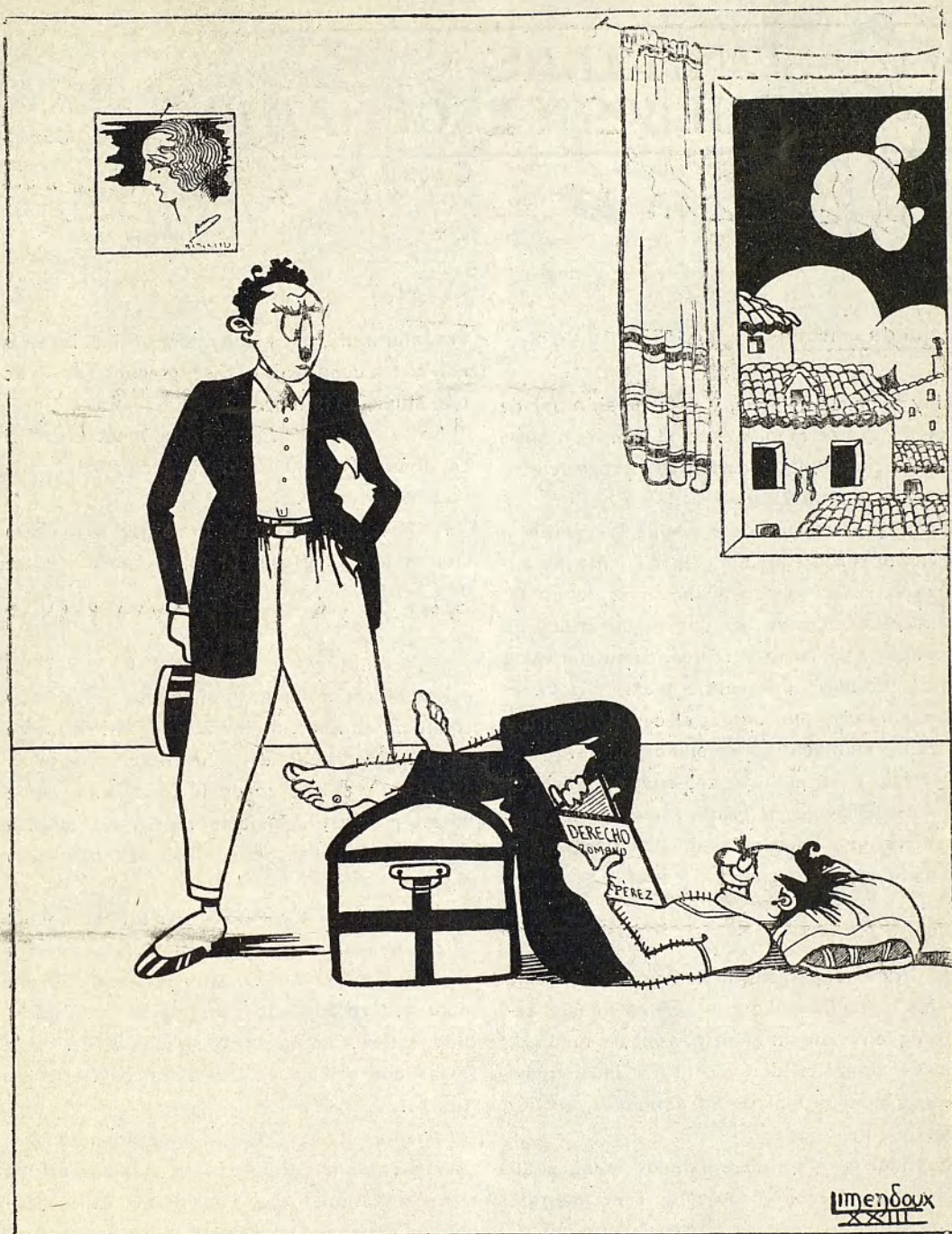
JOAQUÍN BELDA



—De todos modos, Petronio, convéncete de que en este mundo no llegarás, ni con mucho, a mi nivel.

Dibujo de BONNICHÓN.

París, septiembre, 1923.



—¿Qué haces ahí tumbado?
 —Pues... estoy estudiando Derecho.

Dibujo de LIMENDOUX



Racha de estrenos

Hay semanas aciagas, y ésta ha sido una de ellas, aunque sería más exacto decir que hubo viernes aciagos, toda vez que en viernes ocurrió lo que a contaros vamos.

En primer término, en el Español «volvió» a estrenarse, hecho que no deja de tener su humorismo, *El mercader de Venecia*, de un tal Shakespeare, drama del que algún crítico de buen humor ha hecho la crítica, como si a estas alturas nos fuese a descubrir a este *Sylock el judío*, sin más novedad que el cambio de título y algunas mutilaciones lamentabilísimas.

Por esto y porque la actual compañía del Español es deficiente en grado sumo, preferimos no añadir una línea más al comentario de lo que pudo ser acontecimiento teatral.

En Price reaparecieron los verdaderamente ilustres y populares Loreto y Chicote con el estreno de la revista en un acto y varios cuadros, letra de González del Castillo y música del maestro Alonso, titulada *La salvación de España*.

«España» es el protagonista de la obra; un individuo no desconocido de los espectadores, porque en otras obras se llamó de otro modo: «Lafuente», «Laviña», «Edmundo», etc., etc. En Barcelona esta revista logró un éxito formidable con el título de *Barcelona se divierte...*, cuando allí estaban en todo su apogeo los atracos y asesinatos. Humorismo.

Por cierto que esta producción ha tenido que

ser reformada, pues con anterioridad había en ella cierto cuadro donde se preconizaba la actual situación militar.

La salvación de España gustó mucho en Price, donde el comienzo de la temporada no ha podido ser mejor.

No hace falta decir cuánto se celebró la actuación de la prodigiosa Loreto y del gran Enrique, de Castrito, la Melchor y la tiple.



En el Cómico, hasta el momento presente del comienzo en los teatros Eldorado y Price, es el lugar de Madrid donde se ha ofrecido mejor espectáculo y al que acude la gente aun, con el mismo placer y entusiasmo, para ver la bella zarzuela de Tellaeche y Millán *El bello don Diego*.

Con el propósito de no agotar esta obra y que siga representándose por la noche, la Empresa dispuso el estreno de *Urbano y Cortés*, sainete madrileño en dos actos, original del muy aplaudido autor Antonio López Monis y de Pérez López, con música de los maestros Barrera y Alonso.

Urbano y Cortés, que es una obra muy graciosa y con una partitura linda, aunque la firme el maestro Alonso, logró un positivo éxito, siendo muy aplaudido el sainete y los intérpretes, de entre los que se distinguen Rafaelita Haro, Victoria Argota, la Revilla y la Blasco. De ellos merecen anotarse casi todos; pero, sin embargo, mencionaremos a Bori, Parra, Bretaño y Estévez.

Con *Urbano y Cortés* esta Empresa afirma

su plausible orientación española, comenzada con *El bello don Diego*, y que ahora continúa con un sainete neto. Ello merece una entusiasta acogida.



NARCISÍN debutó en Eldorado. Efectivamente, NARCISÍN (a quien en el número próximo dedicaremos mayor espacio, aunque no todo el que se merece) es un asombro, una maravilla de actor, como lo demostró representando estupendamente el «Cañamón» de *Los granujas*, y sobre todo, en *El pibe del corralón*, estreno original de un periodista argentino bastante mal intencionado, don Julio F. Escobar, y los españoles señores Viérgol y maestro Padilla. En *El pibe del corralón* NARCISÍN produce entusiasmo. Dice cuentos, baila, monta su diminuto caballito, canta, hace varios tipos. En fin, un intérprete sorprendente.

Además, sus padres, Narciso Ibáñez y Consuelo Menta, son dos buenos artistas. Ella, una gran tiple, y él un primer actor seguro, correcto y, sobre todo, un gran director de escena.

Así, pues, no se trata de unos artistas que viven a la sombra de otro, sino de una familia

de artistas en que, siendo todos buenos, NARCISÍN es el mejor. ¡Cómo será el niño!

En esta compañía, completísima, se destacan María Portillo, tiple cómica, Soledad Molina y Vicenta Vallejo. De ellos, Lorenzo Velázquez, Obregón, Guerra y el graciosísimo Fischer.



En La Laina gustó mucho la zarzuela, mejor opereta, pero buena, eso sí, en dos actos, *Su Majestad*, de Avecilla, el gran Manolo Merino y del ilustre maestro Luna.

Su Majestad tiene un libro bien construido y lleno de interés, aunque la partitura es sencillamente admirable.

La obra fué muy bien presentada, muy bien escuchada y aplaudida con verdadero frenesí.

Con *Su Majestad*, los intérpretes, sobre todo la Iglesias, gran cantante y excelente actriz.

Y como ya cree haber dicho bastante, aquí signa...

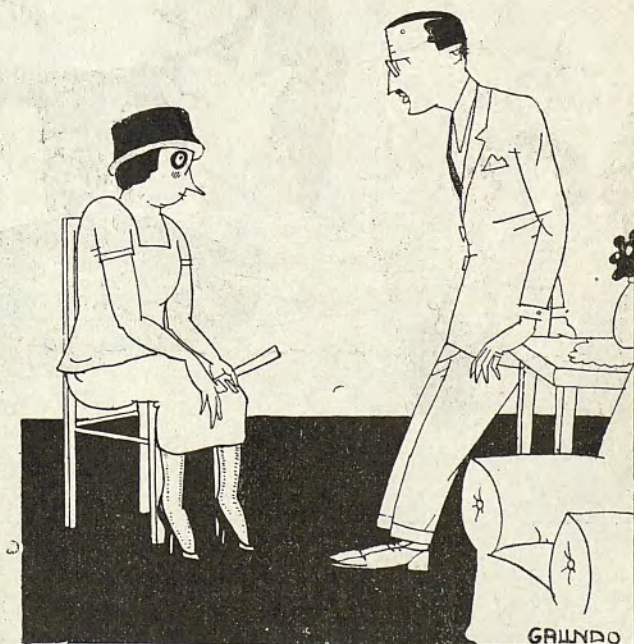
Por el que va, corre y oye...

EDUARDO M. DEL PORTILLO

OJO CLÍNICO

— ¡Ay, doctor, yo debo de estar muy enferma; me laten las sienes, me chillan los oídos, me duele la cabeza!

— ¡Basta! ¡No me diga usted más! Usted tiene una hija que está aprendiendo a tocar el piano.



Dibujo de GALINDO.



— Y usted, señor, ¿qué vá a tomar?
— Cebada y paja, como la señorita.

Dibujo de DE DIEGO.

EL ANIMAL MAS INTELIGENTE

(ANÉCDOTA ANDALUZA)

A San Fernando, ciudad e isla, situada al extremo Sur de la Península, llega siempre demorado el correo. Cuando no sale tarde de Madrid, se retrasa en el camino, y la gente de por acá sabe que el tren de las siete y media llega a cualquier hora, incluso a las doce, pero jamás a la oficial. Un tren que se anticipara a presentarse a la hora fijada se entraría por una estación desierta y causaría enormes perjuicios.

—¿En qué tren nos vorremos a la isla—pregunta en el Puerto un amigo a otro.

—En er de las siete.

—¿Üeno; yo a las siete tengo que hacé, vete tú a la estación, y ya iré a eso de las ocho y cuarto, más bien más que meno...

Esto no lo dice la gente con sorna; la sorna está en la *Guía de los Ferrocarriles*.

Aquí, en la isla de San Fernando, sucedió, en fin, la siguiente anécdota:

Un maquinista de la Armada, hombre ocurente, cachazudo de parecer, pero certero y pronto en sus *salidas*—como no lo es en las suyas el ferrocarril—. tiene precisión de ir a Cádiz y piensa utilizar el correo descendente. La visita que debe hacer es de cumplido, y echando una ojeada al cristal de un escaparate de la calle de San Rafael, observa que lleva la barba muy crecida y que bien debió haberse afeitado a tiempo.

—Siempre me pasa lo mismo: cuando no me dejo el maletín, me dejo la barba—murmura—. Si tuviera tiempo de que me dieran un repasillo... Aunque son las ocho menos cuarto; y como el tren de las siete y media llegará a eso de las ocho y media largas...

El hombre se mete en la barbería del *Josele*, cerca de la Glorieta y de la estación.

—Ole, maestro.

—Ele.

—Voy a Cáí. ¿Dará lugá de que usté me avie?

—¡Josú! Hay pa que yo le afeite, le pele a lo gallo inglés, le dé una frisión Pampadú y un cigarrito; vaya, compare.

—Bueno; vivo.

—Más vivo que er mundo.

El figaro ensaya con el paño tres verónicas espeluznantes, un farol, dos navarras y todo el repertorio. Cuando está enjabonado el maquinista, entra en escena el *Carraca*, un sacamuelas que todas las tardes va a echar un rato de

paliq te en la peluquería, comentando alguna faena del *Maloyo*, el quinto cuadro, de la tercera parte, de la segunda serie de la película que echan en la Alameda, etc. etc.

Hoy, fijándose en una estampa grande de Zoología que tiene el maestro junto al espejo chico, examina los animales diversos que allí fueron grabados y pregunta:

—Vamos a vé, maestro... ¿Cuá es el animá más inteligente?

—¿Er más inteligente?—pronuncia el rapabarbas enjabonando a su pasivo parroquiano—. ¿Dice usté er más inteligente? Er perro.

—No, señó, Er perro es fié, es noble, es laino y tó lo que usté quiera; pero int ligente...

—Pues, entonces, er mono,

—Er mono lo que hace es copió; pero no ha inventao la pórvora.

El maquinista refizja en el ancho espejo un



—Señorita, ¿quiere usted un siete?

—Gracias, ya lo llevo.

Dibujo de GODÍNEZ.

gesto de impaciencia justificada. El barbero, aplicándole jabón hasta en las naricas, como si fuera a extirpárselas, da vueltas al tema, levanta la vista al ameno cuadro, y después de meditarlo mucho, se aventura a decir:

—Er más inteligente es er burro. Yo tuve uno con *quien* me entendía mejó que con mi mujé.

—Pero er burro tiene la querensia, no la inteligencia. ¿Y no ve usté que a tós los torpes les dicen burros?

—P le me doy por confundío, tiii.

—Y yo también, tite—gruñe el maquinista, debajo del montón de espuma que le envuelve la cara.

El charlatán se ríe de la torpeza del prójimo, y mientras el maestro va concediendo el noble don de la inteligencia ya al ruiñeñor, ya al galápago, ora al caballo, ora a la caballa...

En esto suena el agudo pito del correo, que hoy no llega muy tarde... Y el desesperado maquinista, dando un descompuesto respingo, se quita con el paño la espuma, lo tira con indignación fiera, coge la gorra y dice con los ojos fuera de sí:

—El animá más inteligente es er chivo, que s'ha dejao la barba pa que no lo afeite nirgún tío como usté!...

JOSÉ BRUNO



—¡Caballero! Esas palabras exigen una reparación.

—¡Imposible! Tenga en cuenta que soy casero.

Dibujo de CUÉLLAR.

EL DÍA 7 DE OCTUBRE
APARECERA LA GRAN REVISTA INFANTIL

Pancho Kolate

PRESTIGIOSAS FIRMAS DE ESCRITORES Y DIBUJANTES

VEINTE CÉNTIMOS

VEINTE grandes páginas a todo color

20 céntimos.—TODOS LOS DOMINGOS.—20 céntimos.



A VUELTA DE CORREO



No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia particular ni conversación acerca de ellos. De la admisión o exclusión de los mismos se dará cuenta exclusivamente en esta sección.

Se ruega a los colaboradores espontáneos hagan constar en los originales que envíen si son para LA RISA o para PANCHOLATE.

Los autores son los únicos responsables de sus trabajos.

A. M. Contreras. Madrid. — ¡Vaya usted a freír espárragos! ¡«Cuidao» que es usted malo! ¿Usted director de una publicación? Será por guapo, si lo es usted. Sus artículos estarán ya en el río Manzanares.

José Moreno. Tetuán. — ¡Por Dios! No hay manera de complacerle. Pero, ¿qué se han creído ustedes que es LA RISA? ¡Vaya, hombre, vaya!

Atos. Madrid. — Se publicará uno, pollito.

José Álvarez Gómez. — Su *Rapto de Elena* es un rapto de locura. Pero usted promete.

Enrique Eguidazu. Bilbao. — No puede ser. Pero será, si a usted le parece.

Barceló. Valencia. — Está bien; se publicará.

U. A. Montero. Madrid. — Le hubiera publicado un dibujo de los tres que envié; pero no tiene gracia el chiste, y también ha corrido la suerte de sus hermanos de infortunio. Procure esmerarse más, porque aquí somos muy exigentes, y entonces se publicarán sus monos. También procure usted, y todos, escribir el chiste en el reverso del dibujo, así como las señas, porque, de no venir así, ni nos molestamos en mirarlo siquiera.

E. Rodríguez. Alhama de Aragón. — ¡Qué malito es el dibujito que nos envía!

F. Conde. Almansa. — En vista de las razones que nos expone se publicará su dibujo; pero no abuse del «estilismo». Esa manía de ser original en el modo de dibujar es absurda. Lo principal es hacerlo bien, que la personalidad viene luego sola. Es un consejo del que entiende «un rato largo» de estas cosas.

Argote. — No sirve.

J. de la C. — Idem íd.

Edmundo Pinilla. Gijón. — Mande la nota de sus señas a la Administración para girarle, y haga presente los números de LA RISA donde se han publicado sus cosas.

J. Tomás. — No sirve.

A. Capirote. Barcelona. — ¿Usted, querido amigo, no se ha enterado de que están suspendidas las garantías constitucionales y establecida la previa censura? Su artículo, aun sin otra intención que la de hacer reír, lo único que conseguiría era hacer coquillas al censor, y este señor ni aun así se ríe.

Pedro Calafate. Madrid. — Como indica su apellido, quizá fuese usted de gran utilidad para taponar las averías del acorazado *España*; pero lo que es para llenar cuartillas con prosa amena y satírica, no lo ha llamado Dios por ese camino. ¡Señor Calafate, a sus calafateos!

A. Pérez. Calatayud. — ¡Por Dios, versos no! No tiene necesidad de escribir en verso quien desconoce por completo la Retórica y Poética. Es preferible hacer jaulas para grillos o ratoneras mecánicas, que aunque salgan defectuosas no constituye un «atentado» al sentido común y a la lógica.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, provincias y América.

	Pesetas.
Trimestre.....	3,60
Semestre.....	7,20
Año.....	15,60

Extranjero.

	Unión postal.	Pesetas
Trimestre.....		4,80
Semestre.....		9,60
Año.....		19,20

Las suscripciones empezarán con el primer número de cada mes.
Los suscriptores tendrán derecho, sin aumento de precio, a los números extraordinarios que pueda publicar LA RISA.

Diríjase toda la correspondencia al apartado 7.002.



Él.—Se ha muerto el pobre Juan José, y lo que más me extraña es que en la esquela han puesto Juan José con g.

Ella.—¡Hombre, es que no estarían para «jotas»!..

Dibujo de LIMENBOUX.